

La espada se decia sedienta de la sangre del enemigo: la flecha que vuela, impaciente por derramarla: se daban alas á cuanto hiende los aires, al rayo, á los vientos, á las flechas, al sonido de la voz. La aurora tenia dedos de rosa: el sol trenzas de oro: Tetis pies de plata. Todas estas metáforas causaron admiracion, sobre todo en su principio; y el lenguaje vino á hacerse poético, como lo son todos en su origen.

Tales eran poco mas ó menos los progresos del espíritu entre los Griegos, cuando Codro sacrificó su vida por la salud de su patria. Conmovidos los Atenieses con este rasgo de grandeza, abolieron el titulo de rey: dijeron que Codro le habia elevado á tal altura, que en adelante seria imposible igualarle. En consecuencia reconocieron á Júpiter por su soberano; y habiendo puesto á Medon, hijo de Codro, al lado del trono, le llamaron arconte*, ó gefe perpetuo, obligándole sin embargo á dar al pueblo cuenta de su administracion.

Los hermanos de este principe se habian opuesto á su eleccion; pero cuando la vieron confirmada por el oráculo, quisieron mas bien irse á tierras extrañas á buscar mejor fortuna, que fomentar en su patria un principio de divisiones intestinas.

* En 1092 antes de J. C.

ESTABLECIMIENTO DE LOS JONIOS EN LA ASIA MENOR.

La Atica y los países que la rodean estaban entonces sobrecargados de habitantes. Las conquistas de los Heraclides habian hecho refluir á esta parte de la Grecia la nacion entera de los Jonios, que ocupaban antes doce ciudades en el Peloponeso. Estos extrangeros gravosos á los lugares que les servian de asilo, y muy próximos á los que habian dejado, suspiraban por una mudanza que les hiciese olvidar sus desgracias. Los hijos de Codro les indicaron mas allá de los mares las ricas campiñas que terminan el Asia, á la parte opuesta de la Europa, de las cuales una parte estaba ya ocupada por aquellos Eolienses, á quienes en otro tiempo habian echado del Peloponeso los Heraclides.

Sobre los confines de la Eolida habia un país fértil, situado en un clima admirable, y habitado por bárbaros que los Griegos comenzaban á despreciar. Los hijos de Codro habiéndose propuesto conquistarle, fueron seguidos por un gran número de hombres de toda edad y país. Los bárbaros hicieron muy poca resistencia, y la colonia se halló luego en posesion de otras tantas ciudades como habia dejado en el Peloponeso; y estas ciudades, entre las cua-

les sobresalian Mileto y Efeso, compusieron por su unión el cuerpo jónico.

Medon trasmitió á sus descendientes la dignidad de arconte; pero como esta causaba recelos á los Atenienses, limitaron despues su ejercicio al tiempo de diez años*; y creciendo sus temores con sus precauciones, la dividieron por último entre nueve magistrados anuales**, que todavía tienen el título de arcontes.

Estos son todos los movimientos que nos presenta la historia de Atenas desde la muerte de Codro hasta la primera olimpiada, por espacio de trescientos diez y seis años. Segun las apariencias, estos siglos lo fueron de felicidad; porque las desgracias de los pueblos se conservan para siempre en sus tradiciones. No se puede insistir mucho sobre una reflexion tan desconsoladora para la humanidad. En el largo intervalo de paz de que gozó la Atica, produjo sin duda corazones nobles y generosos, que se sacrificaron al bien de la patria; y hombres sabios, cuyas luces mantuvieron la armonía en todas las clases del Estado; pero fueron entregados al olvido, porque no tuvieron mas que virtudes. Si hubieran hecho correr torrentes de

* El año 752 antes de J. C.

** El año 684 antes de J. C.

lágrimas y de sangre, sus nombres hubieran triunfado del tiempo, y á falta de historiadores, los monumentos que se les hubieran consagrado, publicarían todavía su fama en medio de las plazas públicas. ¡Será preciso pues destruir los hombres para merecer altares!

Mientras la calma reinaba en la Atica, los demas Estados solo experimentaban algunos movimientos ligeros y momentaneos: pasábanse los siglos en silencio, ó mas bien llenaron su vacío tres hombres, los mas grandes que existieron jamas, que fueron, Homero, Licurgo y Aristomeno. En Lacedemonia y Mesenia es en donde se aprende á conocer los dos últimos; pero el genio de Homero se puede admirar en todos los tiempos y en todos los lugares.

HOMERO.

Floreció Homero cerca de cuatro siglos despues de la guerra de Troya*. En su tiempo se cultivaba mucho la poesía entre los Griegos, y cada día se iba haciendo mas copiosa la fuente de las ficciones, que constituyen su esencia ó su adorno: la lengua brillaba con imágenes, y se prestaba á las necesidades del poeta, tanto

* Hacia el año 900 antes de J. C.

mas, quanto era mas irregular *. Dos acaecimientos notables, la guerra de Tebas y la de

* Homero emplea muchas veces los diversos dialectos de la Grecia, y se le acusa de ello como de un crimen. Se dice, que esto es lo mismo que si un escritor nuestro usase en un escrito del language de Languedoc, del de Picardia, y de otros idiomas particulares. La acusacion parece fundada. ¿Mas cómo se puede imaginar que Homero con el espíritu mas facil y fecundo, y permitiéndose licencias que no se atreveria á tomarse el menor poeta, se hubiese determinado para hacer sus versos, á formarse un language extravagante y capaz de dar náuseas, no solamente á la posteridad, sino tambien al siglo en que escribia, por ignorante que se le suponga? Es pues mas natural pensar, que se valió de la lengua vulgar de su tiempo.

Entre los pueblos antiguos de la Grecia, las mismas letras hicieron desde luego percibir sonidos mas ó menos ásperos, mas ó menos abiertos: las mismas palabras tuvieron muchas terminaciones, y se modificaron de muchas maneras. Estas eran irregularidades sin duda; pero muy ordinarias en la infancia de las lenguas, y que las frecuentes emigraciones de los pueblos pudieron mantener por largo tiempo entre los Griegos. Cuando estas colonias se fijaron irrevocablemente, ciertos modos de hablar se hicieron propios de ciertas provincias; y entonces fué cuando el language se dividió en dialectos, que eran tambien susceptibles de subdivisiones. Las variaciones frecuentes que tienen las palabras en los mas antiguos monumentos de nuestra lengua, nos hacen presumir, que sucedió lo mismo en la lengua griega.

A esta razon general es preciso añadir otra, que es relativa al pais en que escribia Homero. La colonia jonia, que dos siglos antes de este poeta, fué á establecerse en las costas del Asia menor; bajo el gobierno de Neleo, hijo de Codro, se componia por la mayor parte de jonios del Peloponeso; pero tambien habia habitantes de Tebas, de la Fócide, y de otros paises de la Grecia.

Yo soy de parecer, que de sus idiomas mezclados entre sí, y

Troya, tenían en ejercicio los talentos; y por todas partes se veian cantores con la lira en la mano anunciar á los Griegos las hazañas de sus antiguos guerreros.

Se habian ya dejado ver Orfeo, Lino, Museo y otros muchos poetas, cuyas obras se han perdido, y que quizá por lo mismo son mas celebrados: ya acababa de entrar en la carrera aquel Hesiodo, que fué, dicen, el rival de Homero, y que describió en un estilo lleno de dulzura y armonia, las genealogias de los dioses, los trabajos del campo, y otros objetos, á los cuales supo dar interes.

Homero pues encontró un arte que habia ya algun tiempo que habia salido de la infancia, y cuyos progresos se aceleraban con la emulacion continua: le alcanzó en su vigor, y la adelantó tanto, que parecia haberle creado de nuevo.

Se dice que cantó la guerra de Tebas, y compuso muchas obras que le hubieran igua-

con los de los Eolienses y otras colonias griegas, vecinas á la Jonia, se formó el language de que se sirvió Homero. Pero en adelante, por los movimientos progresivos que experimentan todas las lenguas, algunos dialectos se hicieron peculiares de ciertas ciudades: tomaron caracteres mas diferentes, y no obstante conservaron variedades, que dan testimonio de la confusion antigua. En efecto, Heródoto, cuatrocientos años posterior á Homero, reconoce cuatro subdivisiones en el dialecto que se hablaba en la Jonia.

ado á los mejores poetas de su tiempo; pero la Iliada y la Odisea le hacen superior á todos los poetas que han escrito antes y despues de él.

Describió en el primero de estos poemas algunas circunstancias de la guerra de Troya, y en el segundo la vuelta de Ulises á sus Estados.

Durante el sitio de Troya habia ocurrido un suceso que fijó la atencion de Homero. Insultado Aquiles por Agamenon, se retiró á su campo. Su ausencia debilitó el ejército de los Griegos, y reanimó el valor de los Troyanos, que salieron de sus muros, y dieron muchos combates, quedando en casi todos vencedores. Llevaban ya el fuego sobre los bajeles enemigos, cuando se dejó ver Patroclo, armado con las armas de Aquiles. Hector le ataca, y le deja muerto en el campo de batalla. Aquiles, á quien no habian podido ablandar los ruegos de los gefes del ejército, vuela al combate, vengá la muerte de Patroclo con la del general troyano, ordena los funerales de su amigo, y entrega por un rescate al infeliz Priamo el cuerpo de su hijo Hector.

Estos hechos ocurridos en muy pocos dias, eran consecuencia de la cólera de Aquiles contra Agamenon, y formaban en el curso del asedio un episodio, que se podia separar fá-

cilmente, y que Homero escogió para asunto de la Iliada. Al tiempo de tratarle, se sujetó al orden histórico; mas para dar mas brillantez á su objeto, supuso, siguiendo el sistema recibido en su tiempo, que desde el principio de la guerra estaban los dioses divididos entre los Griegos y Troyanos; y para hacerle mas interesante puso los personajes en accion: artificio quizá desconocido hasta él, que ha dado origen al género dramático, y que Homero empleó en la Odisea con el mismo éxito.

En este último poema se echa de ver mas sabiduría y mas artificio. Diez años se habian pasado desde que Ulises habia dejado las costas de Ilion. Disipaban sus bienes robadores injustos: querian obligar á su esposa desolada á contraer un segundo matrimonio, y á hacer una eleccion que no podia ya dilatar. En este momento se abre la escena de la Odisea. Telémaco, hijo de Ulises, va al continente de la Grecia á preguntar á Nestor y á Menelao por su padre. Mientras estaba en Lacedemonia, parte Ulises de la isla de Calipso, y despues de una trabajosa navegacion, es arrojado por la tempestad á la isla de los Feacios, próxima á Itaca. En un tiempo en que el comercio no habia reunido los pueblos, rodeaban estos á cualquier viagero para oír la relacion de sus aventuras. Instado Ulises á satisfacer á una corte, donde

la ignorancia y el gusto por lo maravilloso reinaban hasta el exceso, la refiere los prodigios que ha visto, la enternece con la pintura de los trabajos que ha pasado, y logra socorros para volver á sus Estados. Llega, se da á conocer á su hijo, y toma con él medidas eficaces para vengarse de sus comunes enemigos.

La accion de la Odisea no dura mas de cuarenta dias; Mas Homero por medio del plan que habia formado, halló el secreto de pintar todas las circunstancias del regreso de Ulises, de recordar muchas circunstancias de la guerra de Troya, y de manifestar todos los conocimientos que él mismo habia adquirido en sus viages. Se cree que compuso esta obra en una edad avanzada; lo que parece advertirse en la multiplicidad de las relaciones, como tambien en el caracter apacible de los personajes, y en un cierto calor suave como el del sol á su ocaso.

Aunque Homero se haya propuesto principalmente agradar á su siglo, resulta claramente de la Iliada que los pueblos son siempre victima de la division de sus cabezas; y de la Odisea, que la prudencia junta al valor, triunfa tarde ó temprano de los mayores obstáculos.

Apenas eran conocidas en la Grecia la Iliada y la Odisea, cuando Licurgo se dejó ver en Jonia: el genio del poeta se puso luego en comu-

nicacion con el del legislador. Licurgo descubre lecciones de sabiduria, donde el comun de los hombres no veia mas que ficciones agradables: copia los dos poemas, y enriquece su patria. De allí se comunicaron á todos los Griegos, y se vieron actores, conocidos con el nombre de rapsodes, sacar fragmentos de sus escritos, y recorrer toda la Grecia, que los oia con entusiasmo. Unos cantaban el valor de Diómedes; otros la despedida de Andrómaca; otros la muerte de Patroclo, la de Hector, etc.

La reputacion de Homero se acrecentaba al parecer con la reparticion de los papeles; pero el tejido de sus poemas se destruía insensiblemente; y como corria peligro que sus partes muy separadas no pudiesen reunirse al todo, prohibió Solon á muchos rapsodes, cuando se juntasen á cantar, el tomar al acaso en los escritos de Homero hechos aislados, y les mandó seguir en sus relaciones el orden que habia seguido el autor, de modo que comenzase uno donde acababa el otro.

Este reglamento ocurría á un peligro, y dejaba subsistir todavía otro mayor. Entregados los poemas de Homero al entusiasmo y á la ignorancia de los que los cantaban ó interpretaban públicamente, se alteraron cada dia en su boca: perdian considerablemente, y se cargaban de versos ajenos. Pisistrato é Hiparco su

hijo emprendieron restablecer la pureza del texto: consultaron á gramáticos diestros: prometieron premios á los que les llevasen fragmentos auténticos de la Iliada y Odisea; y despues de un largo y penoso trabajo, expusieron estos dos magníficos cuadros á los ojos de los Griegos, igualmente atónitos de la hermosura de los planes, y de la riqueza de los pormenores. Ademas de esto ordenó Hiparco que los versos de Homero se cantasen en la fiesta de los Panateneos con el orden señalado en la ley de Solon.

La posteridad, que no puede medir la gloria de los reyes y de los heroes por sus acciones, cree oír á lo lejos el ruido que han hecho en el mundo, y le anuncia con mas brillo á los siglos venideros. Pero la reputacion de un autor cuyos escritos subsisten, á cada generacion, á cada momento es comparada con los títulos que la han establecido; y su gloria debe ser el resultado de las sentencias sucesivas que las edades pronuncian en su favor. La de Homero se ha acrecentado tanto mas, quanto mejor conocidas han sido sus obras, y se ha estado en mayor disposicion de apreciarlas. Nunca han sido los Griegos tan instruidos como el dia de hoy, y asi nunca le tributaron una veneracion tan profunda: su nombre está en las lenguas de todos, y todos tienen delante de sus ojos su retrato.

Muchas ciudades se disputan el honor de ser su patria: otras le han erigido templos: los Argivos, que le invocan en sus ceremonias religiosas, envian todos los años á la isla de Quio á ofrecer un sacrificio en honor suyo.

Sus versos resuenan en toda la Grecia, y hacen el adorno de sus fiestas brillantes. En ellos es en donde la juventud encuentra sus primeras instrucciones: de donde Esquiles, Sófocles, Arquíloco, Heródoto, Demóstenes, Platon y los mejores autores, han tomado la mayor parte de las bellezas que sembraron en sus escritos; y donde el escultor Fidias y el pintor Eufanor aprendieron á representar dignamente al soberano de los dioses.

¿Qué especie pues de hombre es este que da lecciones de política á los legisladores: que enseña el arte de escribir á los historiadores y filósofos: á los poetas y oradores el de mover: que hace brotar todos los talentos, y cuya superioridad es tan reconocida, que no se le tiene mas envidia que al sol que nos ilustra?

Yo sé que Homero debe interesar especialmente á su nacion. Las familias principales de la Grecia creen descubrir en sus obras los títulos de su origen; y los diversos Estados, la época de su grandeza. Su testimonio ha sido muchas veces suficiente para fijar los antiguos limites de dos pueblos vecinos. Pero este mérito, que

podia serle comun con otros muchos autores olvidados ya el dia de hoy, no seria capaz de producir el entusiasmo que excitan sus poemas, y se necesitaban otros motivos para llegar á obtener entre los Griegos el imperio del espíritu.

Yo no soy mas que un escita, y muchas veces se escapa á mis órganos demasiado torpes la armonia de los versos de Homero, aquella armonia que enagena á los Griegos; pero yo no puedo contener mi admiracion cuando le veo elevarse, y ponerse sobre el universo: lanzando por todas partes sus miradas ardientes; recogiendo los fuegos y los colores con que centellean los objetos á su vista; asistiendo á la asamblea de los dioses; sondeando los dobleces del corazon humano; y luego, rico con sus descubrimientos, embriagado con las bellezas de la naturaleza, y no pudiendo contener ya el fuego que le devora, derramarle con profusion sobre sus pinturas y en sus expresiones: poner en disputa el cielo con la tierra, y á las pasiones consigo mismas: deslumbrarnos con rayos de luz, que solo son propios del genio: arrastrarnos con aquellos impetus de sensacion en que consiste el sublime verdadero, y dejar siempre en nuestra alma una impresion profunda, que parece dilatarla y engrandecerla. Porque lo que distingue principalmente á Homero, es aquel animarle todo, y

penetrarnos sin cesar de los movimientos que le agitan: es el subordinarlo todo á la pasion principal; seguirla en sus ardores, en sus descarríos, en sus inconsecuencias, elevarla hasta las nubes, y cuando es preciso, dejarla caer por la fuerza del sentimiento y de la virtud, como la llama del Etna que el viento rebate hasta el fondo del abismo: es haber escogido grandes caracteres; haber distinguido el poder, el valor y las demas calidades de sus personajes, no con descripciones frias y fastidiosas, sino con pinceladas rápidas y fuertes, ó con ficciones nuevas y como sembradas al acaso en sus obras.

Subo con él á los cielos, y reconozco á toda una Venus en aquel ceñidor, de donde se escapan sin cesar los fuegos del amor, los deseos impacientes, las gracias seductoras, y los inexplicables encantos de la lengua y de los ojos: reconozco á Palas en sus furores, en aquella egida de la que están pendientes el terror, la violencia, y la cabeza espantosa de la horrible Gorgona: Júpiter y Neptuno son los mas poderosos de los dioses; pero Neptuno necesita un tridente para sacudir la tierra: á Júpiter le basta una mirada para estremecer el Olimpo. Bajo á la tierra: Aquiles, Ajax y Diómedes son los mas terribles de todos los Griegos; pero Diómedes se retira á vista del ejército troyano, Ajax no

cede sino despues de rechazarle muchas veces; y apenas se presenta Aquiles, cuando el ejército desaparece.

Estas diferencias no se encuentran confrontadas en los libros sagrados de los Griegos; pues así se pueden llamar la Iliada y la Odisea. El poeta habia plantado sólidamente sus modelos: cuando era necesario, quitaba los claro-oscuros que servian para distinguirlos, y los tenia presentes en su imaginacion; aun en el tiempo en que daba á sus caracteres variaciones momentaneas; porque efectivamente solo el arte presta á los caracteres una constante unidad, pues la naturaleza no ha producido uno que no se desmienta jamas en las diversas circunstancias de la vida.

Platon no encontraba bastante dignidad en el dolor de Aquiles, ni en el de Priamo, cuando el primero se revuelca en el polvo despues de la muerte de Patroclo, y el segundo da un paso humillante para lograr el cuerpo de su hijo. ¡Pero cuán extraña debe ser aquella dignidad que sofoca el sentimiento! Por lo que á mí toca, yo alabo á Homero, de que á imitacion de la naturaleza, haya puesto la debilidad al lado de la fortaleza, y al lado de la eminencia el abismo. Le alabo todavía mas porque supo presentarme el mejor de los padres en el mas poderoso de los reyes, y el mas tierno

de los amigos en el mas fogoso de los heroes.

He visto reprimir los discursos injuriosos que el poeta pone en boca de sus heroes, ya sea cuando se juntan en sus congresos, ya en medio de los combates. En este caso he fijado mi atencion en los niños, que están mas cercanos á la naturaleza que nosotros, en el pueblo que es siempre niño, en los salvages que son siempre pueblo; y he observado en todos, que antes de explicarse por los efectos, se anuncia su cólera por la jactancia, por la insolencia y por los ultrajes.

He visto vituperar á Homero, porque habia pintado en su simplicidad las costumbres de los tiempos que le precedieron; mas yo me he reido de la crítica, y he guardado silencio.

Pero cuando se le imputa á crimen haber degradado á los dioses, me contento con referir la respuesta que me dió en una ocasion un ateniense ilustrado. Homero, me decia este, siguiendo el sistema poético de su tiempo, habia atribuido nuestras debilidades á los dioses. Aristófanes las ha presentado en el teatro, y nuestros padres aplaudieron su licencia: los teólogos mas antiguos dijeron que los hombres y los dioses tenian un origen comun; y casi en nuestros dias ha dicho Pindaro lo mismo.

Jamas pues se ha pensado que estos dioses pudiesen llenar la idea que tenemos de la divinidad; y en efecto, la verdadera filosofia admite sobre ellos un Ser supremo, que les ha confiado su poder. Las gentes instruidas le adoran en silencio: los demas dirigen sus votos, y algunas veces sus quejas á los que le representan; y la mayor parte de los poetas son como los vasallos del rey de Persia, que se postran ante el soberano, y se desbocan contra sus ministros.

Carguen la mano sobre los defectos de Homero los que pueden resistir á sus bellezas. ¿Y para qué disimularlo? Descansa á menudo, y dormita algunas veces; pero su descanso es como el del águila, que despues de haber recorrido por los aires sus vastos dominios, cae fatigada sobre una montaña eminente; y su sueño se parece al de Júpiter, que segun el mismo Homero, despierta lanzando el rayo.

Cuando se quiera juzgar á Homero, no por medio de un examen, sino por el dictamen del corazon; no por reglas, por lo comun arbitrarias, sino por las leyes inmutables de la naturaleza, nos convenceremos sin duda de que merece el lugar que los Griegos le señalaron, y de que fué el principal ornamento de los siglos, cuya historia acabo de compendiar.

PARTE SEGUNDA.

.....

La historia de los Atenienses, si se ha de hablar con rigor, no empieza sino cerca de ciento y cincuenta años despues de la primera olimpiada. De este modo no comprende mas que trescientos años, si se la hace llegar á nuestros dias, y cerca de doscientos, si se la concluye en la conquista de Atenas; en cuyo tiempo se ve en intervalos bastante notables, los principios, progresos y decadencia de su imperio. Séame pues permitido señalar estos intervalos